

zar en la historiografía alemana el papel del Instituto Iberoamericano de Berlín en la política exterior hacia Latinoamérica y, por el otro lado, cómo se ha exagerado con base en panfletos periodísticos, invenciones y escritos descabellados. Son inquietudes dignas de tomarse en cuenta, pues de hecho se trata del problema de la penetración ideológica nazi en otras sociedades en esa época y de la supervivencia de la ideología fascista en América Latina.

El libro, de 607 páginas y numerosas fotografías, hace aportaciones al tema del racismo, del etnocentrismo y de la política alemana de los años treinta. En ese sentido toca aspectos políticos poco conocidos de la vida de una institución en Berlín que es muy importante en las actuales relaciones culturales alemano-latinoamericanas. Aunque enfoca la historia de militares, diplomáticos y políticos alemanes y sus vínculos con españoles y latinoamericanos desde la perspectiva del Iberoamerikanische Institut, el libro es importante para la historia en general por ser, sobre todo, una excelente contribución crítica a la historia social alemana y a la ideología racista y etnocéntrica, ideología que, si miramos el mundo actual, desafortunadamente no sólo pertenece al pasado.

Brígida von MENTZ

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores  
en Antropología Social*

### *Istor* 11: a tres años de una nueva perspectiva historiográfica

“Ser abierta es la vocación más profunda de nuestra revista”, escribía Jean Meyer en el primer número de *Istor*. Saltar barreras políticas, científicas, escapar de marcos teóricos y de toda cárcel mental, quería ser, en palabras de Meyer, la llamada de *Istor* —que no por nada estábamos en el año 2000, cuando en México y el mundo parecía más visible el encuentro entre la añoranza por “el dolor de ya no ser” y la “vergüenza de haber sido”. Creíamos entonces, como hoy, que era necesario abrir en México un respiradero a través del cual discutir algo más que México, de una manera menos académica, pero sin caer en lirismos ensayísticos, fuera de los lugares comunes que angustian a la inteligencia nacional. Hace tres años nació *Istor*, con la vocación de la

apertura geográfica y conceptual, contra el viento académico mexicocéntrico y la marea monotemática de los mundillos intelectuales de la ciudad de México. Y así empezamos con Kosovo e invocando lo que suena cada vez más actual: las reflexiones sobre el "Mundo Actual" escritas por Paul Valéry en 1931. En los números siguientes, *Istor* ha abierto la ventana hacia la realidad y el pensamiento de India, Brasil, los Balcanes, ciencia, guerra y paz, cristianismo, izquierdas y derechas, aquí y allá...

Ya en el número 1, en un ensayo de José Antonio Aguilar, "Las batallas de la historia en México y Estados Unidos", y en una reseña sobre el libro *Atlantic Crossings* de Daniel Rodgers, se esbozaba una preocupación que más temprano que tarde *Istor* tendría que tratar a fondo y que hoy parece relevante más que nunca, esto es, Estados Unidos. Más grande que la importancia de ese país para México, sólo la ignorancia mexicana de la historia estadounidense. Tan pronto como el primer número, José Antonio Aguilar dejaba a un lado las convenciones de dos historias patrias encontradas, México, Estados Unidos, para mostrarnos dos historiografías en el mismo pleito por forjar patria. Y ya al hablar de *Atlantic Crossings*, invitaba yo a leer la historia estadounidense a partir de 1880 como la historia de un momento del mundo occidental, una *progressive age* en sentido más que estadounidense; hacia eco del convite que el libro de Rodgers propone: ir en busca del tiempo perdido en la escritura de la historia sólo como historias patrias.

Con los números 11 y 13 de *Istor*, y gracias a la ayuda del Fideicomiso para la Cultura México-Estados Unidos, logramos abocarnos a esa preocupación ya apuntada en el primer número de nuestra revista. En ambos números, la cuestión es la intersección histórica, cultural, política entre Estados Unidos y México. No quisimos volver a los derrotados, Dios nos guarde, de las guerras entre ambos países, al *In God we trust* o a *Remeber the Alamo, versus* el "oh! santa bandera,..." No. Lo que hicimos fue abrir ventanas a comentarios y preocupaciones donde ambas realidades se encuentran, curiosamente, del mismo lado aunque parezca que están en lados opuestos. Y al menos tres cosas intentamos en esos números: primero, sembrar dudas en nuestras certezas patrióticas y analíticas; segundo, abrir el debate a voces distintas, y tercero, como parte de este abrir el debate a otras voces, introducir en México las preocupaciones y las voces mexicano-estadounidenses que ya son legión aunque raramente sean escuchadas en México.

Así, el número 11 incluyó un diálogo entre varios pensadores —de México, de Estados Unidos— de India sobre la identidad, el nuevo fantasma que recorre el mundo y que es obsesión común entre Estados Unidos y México. El diálogo pretendió hacer evidente que no está nada claro qué es y para qué sirve esto de la identidad en la discusión cultural, política e historiográfica; mostró que una moneda de tanto curso, la identidad, no parece tener ni respaldo lógico y/o histórico claro, ni conveniencia política. Una obviedad, si se quiere, pero pienso yo, ¿qué consecuencias podrían tener este desencanto y paradojas en un académico o político estadounidense que nunca ha cuestionado la existencia y la bondad de los “*American values*”? o ¿qué puede aprender un normalista mexicano, un funcionario cultural, de lo efímero y etéreo de los soportes: “nuestra identidad”, “nuestra cultura”, “nuestro multiculturalismo”? Desconocer la obviedad que el diálogo de *Istor* 11 expresa es lo que nos deja hacer del tradicional antiyanquismo mexicano (el de gringos feos, gordos, matones, antiintelectuales, imperialistas, materialistas) la respuesta intelectual a la deplorable política exterior estadounidense en 2003. Y eso es reproducir gratis lo mismo que atacamos y de paso contribuir al mito de nuestra identidad superior de seres espirituales, solidarios, amantosos, tolerantes, intelectualmente sofisticados. Sembrar la duda, ésa era toda nuestra intención. La duda produce siempre más responsabilidad y agudeza que las certezas que nos habitan casi sin cuestionamientos.

No es de muy distinto jaez el artículo de Joseph Stout, incluido en el número 13; un ensayo sobre el trato de japoneses, alemanes e italianos en Estados Unidos y México durante la segunda guerra mundial. De seguro, a nadie sorprende en México leer sobre la persecución y concentración de ciudadanos estadounidenses de origen japonés en Estados Unidos —es hoy parte de nuestra conciencia antiyanqui, y del *mea culpa* de la inteligencia estadounidense post 1960—. (Aunque, dicho sea de paso, nadie concentró a ciudadanos de origen alemán, en parte porque hubieran necesitado el territorio entero del estado de Texas para hospedar a toda persona de origen alemán, y en parte por cercanías raciales inconfesadas.) Pero del lado mexicano, el artículo de Stout invita a dudar profundamente del mito de la tolerancia, la hospitalidad y las “puertasabiertas” mexicanas. A la infamia nacional de lo que se hizo en el norte con los inmigrantes chinos —un racismo institucional mexicano del que poco se habla— se suma esta persecución poco conocida. Cómo no dudar de nuestros mitos nacionales.

Pero también se trató de abrir voces y perspectivas. Por ejemplo, en el número 11 incluimos la voz del historiador Richard Pells, jamás traducido al español. Se trata de uno de los que están respondiendo, de manera metódica, a las acusaciones mundiales sobre la americanización del planeta. No todo en Estados Unidos es o Noam Chomsky o Donald Romfield. Hay que ligar el debate en castellano al inmenso collage de voces estadounidenses, no quedarse en los extremos chirriadores. También quisimos incluir voces de fuera que vieran el interactuar México-Estados Unidos, de ahí la voz de Ángel Rivero reflexionando sobre andanzas ciudadanas en la globalización, y el hombre termina sus reflexiones en Teotitlán del Valle, Oaxaca. De igual forma, en el número 11 quisimos, en textos recobrados, proporcionar una ventana de primera mano a los bastidores de la interacción mexicano-estadounidense en la construcción de lo que ha sido una duradera imagen de México, la del México de la autenticidad indígena, el nacionalismo revolucionario, el que sumó a siesta, fiesta y sombrero cosas como Frida Kalho, ejido, amor a la muerte, etc. Por ello incluimos algunas cartas donde E. N. Simpson, el autor de *The Ejido, Mexico's Way Out* (1937), habla de sus primeros contactos en México. Al leer los muchos libros sobre México producidos en Estados Unidos entre 1915-1940, uno aprende cómo se logró sintetizar una nueva imagen de México, una de la que es difícil escapar, incluso hoy, y que no es un mero ingenio gringo, sino una compleja interacción de intelectuales y artistas mexicanos y estadounidenses. Después de leer algo de los papeles de Simpson, Bertram Wolfe, Annita Brenner, Frances Toor, Cariton Beals, Frank Tannenbaum y Waldo Frank... tengo para mí que la duradera imagen mexicana creada entre 1915-1940 no fue un redescubrimiento de México, sino un "grillarse" mutuamente entre un grupo selecto de mexicanos y estadounidenses, en medio de peligrosísimas esperanzas revolucionarias (que los llenaron de odio y traiciones), insaciables egos y un caprichoso mercado internacional de ideas e imágenes.

En este abrir las voces entre México y Estados Unidos, *Istor* 11 y 13 incluyeron traducciones de trabajos de dos de los más destacados historiadores mexicano-estadounidenses de hoy: David Montejano y Emilio Zamora. Por mi parte, no suscribo algunos de los puntos que Montejano defiende acerca de la existencia de identidades en la frontera, o creo que la paradoja de la inclusión o exclusión de los mexicanos en Estados Unidos pierde proporciones fuera de la consideración de la verdadera gran infamia de

la historia estadounidense: el racismo ante la población afroamericana. Pero nuestro debate sobre estos temas nunca estará completo ni será fructífero sin la consideración de la importante voz de los mexicanos de allá "de ese lado". *Istor* ha escuchado y presentado estas voces.

Me resta decir que, después de repasar a ojo de águila los 13 números que llevamos, creo que en abrir hemos cumplido. Sí, cierto, a veces los contrastes son molestos, a ratos las voces parecen encontrarse y contradecirse, y cada ventana que abrimos al mundo parece contrariar a la inmediata interior. Pero eso es lo posible, lo demás es credo. En la tarea que nos pusimos, el *istoreo*, es decir tratar de saber sobre el pasado, el conocimiento viene solo, como creía Walter Benjamin, en la forma de "centellas relampagueantes". El texto, decía Benjamin, "es el largo desarrollo del trueno que sigue a la centella". *Istor* ha querido ser el simple pararrayos de una apertura metódica, la prueba de que el conocimiento es algo vivo que surge de las afirmaciones y negaciones entre y dentro del pasado y del presente, de la constante construcción y destrucción de puntos de vista más allá de cárceles mentales, o al menos dentro de unas pocas que no podemos quebrantar porque no las vemos.

Mauricio TENORIO  
*Centro de Investigación y Docencia Económicas*  
*University of Texas*